

LABOR DE LOS INSTITUTOS COMARCALES

**RESUMEN DE LA CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA SESION
ACADEMICA DEL PATRONATO DE CULTURA
"FRANCISCO EIXIMENIS"**

(Gerona, 23 mayo 1964)

POR FEDERICO MARES DEULOVOL

Presidente de la Real Academia de Bellas Artes de San Jorge de Barcelona

LABOR DE LOS INSTITUTOS COMARCALES

Excelentísimas autoridades,
Señoras y Señores :

La circunstancia de encontrarnos en esta egregia ciudad de Gerona y la oportunidad de participar en este cenáculo, tan gratas una y otra para nosotros, nos estimula a hablaros de tantas cosas entrañables que alientan y vibran en nuestro corazón, que durante algunos días mantuvimos el ilusionado propósito de discurrir con vosotros, en amistad y diálogo, sobre temas de esta tierra bienamada que, al solo hecho de evocarla, acuden libre y atropelladamente a nuestra imaginación, que, como facultad del alma, se halla siempre abierta a los sentimientos más íntimos.

Pero no tardamos en darnos cuenta, no sin cierta desilusión, que en la sesión anual que debíamos celebrar, dada su alta significación académica, no cabían expansiones sentimentales, ni menos evocaciones nostálgicas. Comprendimos entonces claramente que la reunión de hoy vendría a constituir algo así como un Senado de la cultura ampurdanesa.

Y al reflexionar sobre su alcance, llegamos, por derivación, a formularnos las siguientes preguntas: ¿cumplen los Institutos la función específica para la cual se crearon? ¿cumplimos nosotros, sus directivos, la misión que nos fue confiada?

He ahí, señores, planteados unos interrogantes que estimamos de especial interés, y cuyas consideraciones pueden servirnos de tema a nuestra breve disertación de esta noche.

Antes, no obstante, séanos permitido rendir nuestro tributo de reconocimiento a cuantos nos precedieron en estas lides; lo que hoy quizás puede sernos relativamente fácil fue, en el pasado, en muchos casos, heroico y siempre meritorio.

A este respecto, como figura representativa, nos es grato ponderar en todo su valor, la dilatada actividad, la ingente labor del

patricio Joaquín Pla Cargol, este hombre infatigable que, en el umbral de su vejez augusta, aporta, día a día, una renovada vibración de juventud serena, que todos debemos agradecer en lo que tiene de ejemplar y, singularmente, de estímulo y aliento para las juventudes ansiosas de saber.

Hay, sin duda, otras colaboraciones técnicas, muy valiosas ciertamente, que preferimos silenciar ante el temor de olvidar alguna, pero al margen de las mismas y, haciéndolas posibles, está la munificencia de la Corporación provincial, a la que rendimos, en la figura de su presidente, nuestro común amigo don Juan de Llobet, el más sincero y merecido de los homenajes.

Queremos, también, señalar la inteligente gestión en favor de nuestras instituciones culturales que viene realizando, desde el Gobierno Civil de la provincia, esta gran figura humana, cordial, acogedora de inquietudes nobles, mi buen amigo don Víctor Hellín, personalidad política destacada en anteriores actuaciones responsables que le valieron recientemente la aureola del reconocimiento público.

Y en el mundo de los que se fueron para no volver, no podemos dejar de dedicar en estos momentos unas palabras de fervoroso recuerdo a la memoria del gran Obispo desaparecido, Dr. don José Cartañá, cuyo fallecimiento nos llenó a todos de profundo dolor. Su intensa y pródiga labor creadora cristalizó en el Museo y Archivo diocesano, y la de restauración en tantas y tantas Iglesias, algunas de las cuales son monumentos arqueológicos de primer orden.

Su amor ilusionado por su Diócesis, su afán y capacidad de trabajo, en fin la obra realizada, le sitúan en lugar destacado en la línea de los Obispos de mayor generosidad y estimación que tuvo la Diócesis gerundense de todos los tiempos.

Y antes de cerrar este inciso, permítasenos recordar a dos ilustres miembros del Instituto de Estudios Ampurdaneses, fallecidos en el transcurso de este Curso académico que termina: el cronista oficial de Figueras, Eduardo Rodeja, historiador meritísimo de su ciudad, y el pintor Ramón Reig tan admirado por sus acuarelas de nuestro Ampurdán, uno y otro sobradamente conocidos de todos vosotros para que yo pretenda haceros su panegírico.

Cumplido lo que estimamos un deber de reconocimiento, procuraremos ahora exponer algunas consideraciones sobre la misión que creemos incumbe a los Institutos. Debiendo advertir, antes, que

vamos a referirnos especialmente al Instituto de Estudios Ampurdaneses, por entender que nuestra calidad de Presidente nos autoriza y obliga a ello.

Consideramos que el Instituto de Estudios Gerundenses, como modélico, cumple honorablemente su misión, su obra realizada así lo pregona.

Con esta salvedad, reconocemos que nuestro Instituto de Estudios Ampurdaneses, no ha cumplido aún como todos hubiéramos deseado, pero hay que reconocer también, que si no cumplió no fue por falta de voluntad ni de entusiasmo, que esto bien sabe Dios que no faltó nunca a sus directivos, sino por carencia hasta ahora del apoyo indispensable.

Toda labor de investigación requiere tiempo, y, sobre todo, exige dedicación que hoy, mientras no dispongamos de mayor ayuda, no se puede exigir a nadie. Sin medios suficientes, ninguna Institución podrá prosperar y todo esfuerzo personal, por abnegado que sea, carecerá de toda eficacia.

Hoy las Instituciones requieren una multiplicación de medios y de colaboración redoblada. Vivimos en un momento crucial de nuestro tiempo que exige y apremia. Hoy la cultura, la capacidad de formación viene convirtiéndose en una llamada de combate.

Ya no basta la investigación aislada, el estudio personal, ayer tan meritorio y heroico. Hoy las circunstancias han variado y lo que ayer pudo parecer suficiente, hoy ya no lo es. Aglutinar voluntades, reunir esfuerzos, tutelar iniciativas que a veces se desvíen, significa toda una programación para nuestros Institutos, si es que quieren renovarse para no sucumbir en esta lucha feroz que se adivina.

Desde ahora no podemos encerrarnos en la labor solitaria, los Institutos no pueden ser privilegio de una clase exclusiva, aunque a veces se llegue a creer que así es. Hemos de pensar que si no colaboramos conjuntamente en esa ambición legítima, nos exponemos a que nuestra labor disgregada se convierta en una pura entelequia.

La misión de los historiadores deberá obedecer al designio de formar y mantener núcleos que integren, en cada población, lo que podríamos llamar la aristocracia del saber y del espíritu.

Más que centralizar, lo que convendría sería extender el área de actividades, facilitando cuantos medios fuesen necesarios para estimular nuevas colaboraciones, constituyendo en cuantas ciudades fuese necesario delegaciones idóneas.

Habría que valorar estas delegaciones, pues existen en muchas poblaciones elementos que, en el mayor de los anonimatos, contribuyen a mantener tensa la vigilancia sobre cuanto pueda tener interés para la historia de aquéllas; y a ellos se debe, en gran parte, la conservación de no pocos vestigios de monumentos que sin su presencia hubieran desaparecido, tras la codicia de individuos sin escrúpulos.

Interesarnos por ellos es interesarnos por cuanto significa permanencia y custodia de nuestro patrimonio artístico y arqueológico, ya de sí tan mermado. Descubrir y fomentar nuevas colaboraciones debe ser nuestra misión principal. Salvar toda vocación ilusionada para que no se pierda arrollada por la vorágine del tiempo.

Interés especial deben merecernos las aportaciones autodidactas tan abundantes en nuestros núcleos comarcales, como elemento que hay que encauzar para lograr de ellos colaboraciones útiles y valiosas.

No olvidemos el papel que en ciertos casos desempeñaron en los avances de la ciencia, de la investigación y del arte. No sólo no debemos despreciar al autodidacta, como pretenden algunos, sino que hay que alentarle facilitándole cuantos conocimientos y orientaciones puedan favorecer su vocación y valorar sus esfuerzos, evitando de esta manera que se pierdan estériles.

Prescindir de ellos en estos momentos, nos sería muy difícil ya que, desgraciadamente, llevamos un retraso considerable en el orden de la cultura. Mucho nos queda que andar, si es que pretendemos recuperar el tiempo perdido. Muchos escollos habrán de vencerse, mucha indiferencia será menester superar para llegar a la meta a que todos aspiramos.

Para contribuir al resurgir que se observa en todos los órdenes de la vida, conviene que también nosotros contribuyamos en lo nuestro y sigamos nuevos caminos que abandonen antiguos cauces y tiendan a una simbiosis científica con cuantos trabajan en disciplinas afines para mutuo provecho de todos. Asociar la labor de cada uno no puede menos de facilitar y hacer más eficaz el trabajo individual.

Precisamente en estos días me han informado, con gran dolor por mi parte, que en nuestra Costa Brava, amparándose en el derecho de propiedad, se vienen cometiendo los más disparatados abusos, verdaderos atentados a la belleza de la naturaleza. Ya es hora

de que procuremos reconsiderar el derecho de propiedad y que se sienta nuevamente el principio de que dónde hay derechos existen deberes.

Que siempre será muy discutible el derecho privado cuando afecta al interés nacional. La naturaleza, la belleza de nuestra Costa Brava nos pertenece a todos, por consiguiente, hay que declararla de interés artístico nacional. Hemos de defender lo que ellos mismos, sus "propietarios", no saben defender por codicia desenfrenada.

Hay siluetas que la naturaleza modeló sabiamente a través de los siglos, que limitan, perfilan y dibujan una playa, que le dan carácter y belleza, que no pueden estar en manos de unos propietarios sin escrúpulos que, en todo caso, son usufructuarios de sus bellezas, pero jamás pueden considerarse con derecho de hacer y deshacer sobre ellas, a su antojo y capricho.

Misión de apostolado será la nuestra, que deberemos de derramar por toda la comarca. Entrar en contacto en cuanto pueda representar curiosidad de saber y curiosidad de espíritu. Entendemos que además de la tarea de investigación que corresponde a los Institutos, les incumbe impulsar aquellos órganos de la cultura que acaso sin su presencia no llegarían ni siquiera a existir.

Las nuevas corrientes que nos llegan de Europa y de América, nos obligan a la revalorización total de nuestro patrimonio artístico, arqueológico e histórico. No desconocemos a este respecto lo mucho que se ha hecho y viene haciéndose; no ignoramos con que dignidad se lleva la restauración de las viejas calles medievales de vuestra inmortal "Girona de pedra".

La consolidación de tantos monumentos, la singularísima catedral, el recinto amurallado, el paseo arqueológico, los Baños árabes, el Museo de San Pedro, son obras que pregonan muy alto la calidad de vuestra labor de restauración.

Nuestra ambición debe tender a profundizar el conocimiento e intensificar la divulgación del ingente tesoro que la Providencia deparó a esta provincia privilegiada. Que no quede un solo monumento arqueológico, ningún documento histórico, ninguna obra de arte, sin la vigilancia y la protección debida. La catalogación de todas ellas que garantice su control y permanencia y evite su dispersión o expoliación a manos de la codicia mercenaria.

Mucho nos queda aún por hacer. ¿Es que tenemos en marcha el fichero documental y artístico, el catálogo bibliográfico e histórico

de la provincia? ¿Es que tenemos estudiada nuestra escultura, como la tienen otros?

¿Es que sabemos a ciencia cierta, documentalmente, todo lo deseable de los claustros, de los sepulcros, del prodigioso retablo de plata de esta magna catedral? Poco sabemos de los capiteles de Galligans, del retablo de Castelló de Ampurias y de su propia portada.

¿Hemos agotado los fondos documentales? Ya sé de los desvelos de la Curia por su propio Archivo y Museo Diocesano, ilusiones felizmente logradas.

Pero quisiéramos algo más aún: quisiéramos una programación amplia y realizable. Que en ella figurara una posible revisión de instalaciones, una descongestión de fondos museables y archivistas. Deberíamos observar las corrientes modernas e imponer algunos métodos y soluciones. Hemos abusado de la concentración, obligada en etapas peligrosas por lo inseguras, felizmente vencidas, y sería obligación nuestra devolver la espiritualidad a las comarcas si pretendemos colaborar con eficacia en este renacer y, a la vez, ser justos.

Y a este tenor, permítasenos que en nombre del Instituto de Estudios Ampurdaneses, formule un ruego, y lo formulo con el mayor espíritu de equidad: Devolver a la capital del Ampurdán el fondo del Archivo Histórico de Protocolos que en luctuosos días pasó a Barcelona y después, al reintegrarlo a la provincia, por el Ilustre Colegio de Notarios, se quedó a medio camino, aquí, donde tanta riqueza documental existe para generaciones de investigadores.

Hechas estas alusiones a lo que se *podría hacer*, pensemos en lo que se *quiere hacer*.

Nuestras actividades deberían procurar, en lo que cabe, subsanar no pocas deficiencias estatales. Organizar cursos, conferencias, exposiciones monográficas, cuantas actividades permitiesen extender este interés por todos los rincones de la comarca, hacerla partícipe de la labor de investigación y de estudios del Instituto.

Disponer de un archivo documental, libros, folletos, revistas de especialización, fotografías, grabados, así como recortes de periódicos de interés comarcal, profesional, biográfico e histórico. Todo este material, clasificado según la técnica más moderna, podría ser de gran interés de consulta, como suplemento de estudios ya publicados, para trabajos ulteriores.

Es fácil valorar el servicio que podría prestar este archivo, puesto al día, abierto a los estudiosos. La fácil localización del documento deseado, como fuente informativa para el investigador, debería ser la base de su eficacia.

Inventariar nuestras riquezas. No podemos perder más tiempo en ello. Nuestros retablos, en pintura y escultura, la sarcofagia, la orfebrería, la escultura funeraria catedralicia singularmente. La arquitectura en sí de los grandes cenobios y de las humildes iglesias montañesas.

Tales estudios, tales esfuerzos intelectuales y de erudición habrían de recopilarse en sendas monografías básicas que el turismo moderno exige.

La publicación de itinerarios gráficos —nuestro itinerario románico único— mapas ilustrados, carteles y reproducciones de nuestro acervo monumental, podrían representar una fuente de ingresos con los cuales cabría subvencionar a los Institutos, permitiéndoles el desarrollo de su misión.

Además, todos estos trabajos de recopilación y estudio, podrían constituir un fondo inapreciable para la publicación de la obra magna, El Corpus del tesoro artístico y de las bellezas de esta región, cuyo nombre sonoro evoca siempre en nuestro corazón los más nobles sentimientos de admiración y de afectos entrañables: Ampurdán.

No olvidemos que nuestros Institutos nacieron inspirados por un alto mensaje, el mensaje de los altos valores de la cultura y del espíritu de esta comarca sin par.